

SACRAMENTOS Y COMUNIDAD

L'importance communautaire des sacrements dans l'Eglise, Lumen Vitae, 13 (1958) 446-454.

Los Padres de la Iglesia presentaron infatigablemente como un efecto de los sacramentos el amor al prójimo, el espíritu de comunidad y de solidaridad en la salvación. Conviene a este respecto recordar aquel principio de moral cristiana: no se puede proclamar eficazmente la existencia de una misión, de un deber, sin suponer la facultad de realizarlo. Solamente cuando los fieles sepan que los sacramentos son esencialmente una realidad social que tiene una virtud comunitaria comprenderán, según el espíritu del Nuevo Testamento, la misión que para la vida en común les confieren. Sin embargo, aquí, como en toda la existencia cristiana, no basta con un conocimiento abstracto. *Los sacramentos deben ser celebrados y vividos como un acontecimiento salutífero de proyección social*, y sólo entonces se convierten en factores eficaces de la vida en comunidad.

Pero si tomamos de los Padres la motivación sacramental de la vida moral y, sobre todo, de las virtudes sociales, debemos confrontar nuestra situación con la suya y preguntarnos: ¿está tan presente como en otros tiempos en la conciencia cristiana el aspecto social de la redención, esencial a los sacramentos? ¿La forma externa de su celebración es como en la antigüedad la expresión viva de la comunidad?

CARACTER COMUNITARIO DE LOS SACRAMENTOS EN LA CONCIENCIA CRISTIANA

De la Iglesia primitiva al comienzo de los tiempos modernos

La cristiandad primitiva vivía intensamente la estrecha relación de los sacramentos con la comunidad. Aunque es verdad que, en el fondo, es el Espíritu Santo quien da una experiencia vital de la fe, sin embargo debemos buscar las causas externas porque Dios, en su acción salvífica, se sirve de las causas segundas. Cuando Ignacio de Antioquia invita con fuerza e insistencia a los cristianos a reunirse alrededor del obispo y del altar y a no perder de vista en su vida cotidiana esta unidad, habla ciertamente el discípulo de san Juan, evangelista de los sacramentos; pero se adivina también la lucha contra las divisiones que amenazan, materialismo pagano y persecución. Para resistir debían tener ante los ojos el signo de la unidad y la unión que se da en los sacramentos. Mientras las comunidades cristianas constituían grupos restringidos y celebraban el culto en una lengua accesible a todos, el símbolo eucarístico de la comida, comida sacrificial, recordaba clara y elocuentemente la comunidad. La cristiandad atacada desde fuera experimentaba que el bautismo le daba nuevos miembros y aquella expresiva forma de la celebración bautismal le obligaba a sentirse responsable de cada bautizado, del mismo modo que éste se consideraba como un miembro activo, cargado de responsabilidades. Así, la enseñanza apostólica sobre la solidaridad de los bautizados en el Cuerpo Místico de Cristo (1 Cor 12), sobre el templo de piedras vivas (1 Pe 2,5) permanecía viva en y por la celebración sacramental.

La teología escolástica en su apogeo, plenamente fiel a la tradición, resaltó perfectamente la virtud comunitaria y unitiva de los sacramentos; sin embargo sus

textos no tienen la profunda resonancia que encontramos en Juan (le Jerusalén, Cirilo de Alejandría, Crisóstomo, Agustín, etc.

La catedral gótica aleja demasiado el altar del pueblo y con sus columnas crea rincones tranquilos para la oración individual. Algunos dirán que la Iglesia se podía permitir, en esa época de manifiesta influencia social, este alejamiento; pero ¿podía continuar siendo entonces la liturgia la fuerza adhesiva de la comunidad para que ésta continuase como levadura de todas las estructuras sociales?

La *devotio moderna*, sensible al encuentro individual con Cristo, por un lado, y el nominalismo por otro, terminaron por ocultar el aspecto social en la teología de los sacramentos.

TEOLOGÍA, CONCIENCIA CRISTIANA, CELEBRACIÓN DE LOS SACRAMENTOS

Celebración de la eucaristía

San Agustín se inspira en una realidad vivida en la celebración eucarística cuando predica: '*Mi carne es la vida del mundo* (Jn 6,52). Los fieles conocen el Cuerpo de Cristo si no se oponen a ser ellos mismos el cuerpo de Cristo. Si quieren vivir del espíritu de Cristo, deben convertirse en el cuerpo de Cristo. Del espíritu de Cristo vive solamente el cuerpo de Cristo. ¿Quieres vivir del espíritu de Cristo? ¡Permanece en el cuerpo de Cristo! Por eso el Apóstol nos dice de este pan: puesto que no hay más que un pan, todos nosotros no formarnos más que un cuerpo (1 Cor 10,17) ¡Oh sacramento de amor! ¡Oh signo de unidad! ¡Oh vínculo de la caridad! Todo el que quiere vivir tiene de qué vivir. Que se una a nosotros y se deje incorporar para ser vivificado. Que no le atemorice la unión de los miembros. Que no sea un miembro gangrenado del que habría que avergonzarse. Que sea un miembro hermoso, adaptado al conjunto. Que se abrace firmemente al cuerpo (Jn lo. 26,13; PI, 35, c. 1612).

San Agustín podía expresarse así porque el pueblo respondía todavía "amén" a las oraciones del sacerdote como un solo hombre, todavía escuchaba en la Misa la palabra de Dios en lengua inteligible y respondía y se asociaba al canto del sacerdote y con él participaba en el banquete eucarístico.

El símbolo de una mentalidad situada en el polo opuesto de esta comunión era la comunión de los fieles fuera de la Misa, que ha venido siendo casi la regla general en los últimos tres siglos. Aquí se reflejaba de manera chocante la disgregación social de la sociedad profana. El clero había llegado a ser, antes de la Revolución francesa, un estado privilegiado; el sacerdote se aislaba de los fieles "espectadores" por el alejamiento del altar y el muro del latín. Así como los sirvientes domésticos comían juntos fuera de la mesa familiar, los fieles se conformaban con "ser alimentados" fuera de la santa misa. Y se consolaban con el pensamiento de su encuentro individual con Cristo. El pueblo aceptó todo esto porque era conforme con el espíritu individualista de la época y también porque la teología, y consecuentemente la predicación, olvidaban el aspecto comunitario de los sacramentos.

Celebración del bautismo

La celebración del bautismo presentaba un cuadro aún más triste. ¿Se puede, incluso, hablar de "celebración"? El bautismo en la clínica (por tanto frecuentemente fuera de la parroquia), a cualquier hora del día y en un rincón en presencia de dos o tres personas se situaba en el mismo plano que la celebración grandiosa de la Iglesia primitiva durante la noche pascual. La predicación y la ceremonia del bautismo en los ss. XIX y XX no expresaban más que un aspecto de la verdad: la comunicación interior de la gracia santificante a cada alma; le faltaba la dimensión social para la salvación, y la teología escolar habitual no retenía más que la cuestión de la materia y la forma y la del rigor de la obligación. Quizá exagero un poco la nota, pero nadie negará que la tendencia iba por ahí.

Conciencia nueva

El fruto esencial de los sacramentos es la edificación de la comunidad cristiana y de cualquier manera que se celebren marcan la solidaridad de la Iglesia entera en la salvación. Pero ¿se tenía conciencia de ello? Había ciertamente voces aisladas como Magnus Jocham, el moralista de Freising, pero su obra no encontró ningún eco.

Sin embargo, actualmente vivimos un nuevo sentido comunitario. La encíclica *Mystici Corporis*, una de las cumbres del paso del individualismo a una mentalidad social respecto a la salvación, ha encontrado eco profundo en la teología y la piedad. La *Mediator Dei* nos conduce hacia un sentido comunitario y la teología científica y la predicación se esfuerzan por ponerlo en evidencia.

ACCIÓN DE LOS SACRAMENTOS SOBRE LA VIDA COMUNITARIA

Efectos sociales de los ritos sagrados

Los sacramentos son las arras de los esponsales de Cristo con su Iglesia. La sociedad eclesial vive por los sacramentos y en ellos. Así lo nota Schmaus: "Es la comunidad de los santos quien por la virtud de Cristo administra los sacramentos. Cada miembro de la Iglesia participa en el bautismo, en la eucaristía, en el perdón de los pecados. Toda la comunidad rodea a los fieles que mueren para llegar a la unión definitiva con Cristo por la unción de los enfermos. Toda la comunidad rodea a los que procuran su unidad con Cristo en el 'sacramento del matrimonio'. Todas las gracias que aportan los sacramentos significan una unión íntima con la comunidad y una obligación estrecha de trabajar solidariamente con la comunidad.

Los sacramentos realizan esto de manera misteriosa. No tienen nada de magia, sino que Dios actúa en ellos personalmente por medio de signos y palabras inteligibles. *Significan lo que obran y obran lo que significan*. Como el Verbo se ha hecho carne en la Encarnación, así Cristo y la Iglesia toman, en el sacramento, el signo sensible y la palabra inteligible para procurar los efectos de salvación. Es asunto personal: llamada y capacitación interior para la respuesta. Y aunque la acción sacramental no sea solamente del dominio psicológico, es esencial a la manera de actuar real y personal de los sacramentos que no se desprecie el plano psicológico. Nada de extraño tiene que la

virtud comunitaria se amortigüe si la forma de celebración tiene un sentido individualista. Un debilitamiento del valor psicológico del simbolismo sacramental no toca para nada la validez de la administración en el caso particular, pero puede obstaculizar, sin embargo, la plena eficacia de los sacramentos.

Resultados de encuestas

Hemos conseguido comprobar, en Alemania Occidental, la correspondencia de las formas de celebración con los efectos sociales de los ritos sagrados comparando las formas de culto en iglesias de un espacio sociológicamente uniforme. Resultados: El culto de las iglesias que descuidan la expresión comunitaria y mantienen la barrera del latín entre el sacerdote y el pueblo más allá de la medida prescrita por la legislación eclesiástica, atrae principalmente a ancianas y a algunos círculos burgueses. Una parroquia con liturgia de aspecto comunitario vivo cuenta diez hombres en la iglesia por cada doce mujeres; la presencia de obreros de ambos sexos llega hasta el cincuenta por ciento. Las parroquias más latinizantes del mismo espacio no cuentan mas que tres o cuatro hombres por doce mujeres; los hombres y mujeres entre veinte y cincuenta años, así como los obreros y obreras, son casi excepciones. Los fieles que vienen de otras parroquias presentan más o menos esta misma composición sociológica. La forma de culto aparece, pues, como un principio de selección de las capas sociales que participan en él.

Cuando se descuida completamente en la liturgia el aspecto social de los sacramentos, la cohesión de la comunidad parroquial falla igualmente en otros dominios: falta preparación espiritual para un verdadero apostolado en común; las sociedades y asociaciones parroquiales están extremadamente expuestas a rivalidades infructuosas y a un particularismo peligroso.

La forma de celebración mide también el grado de resistencia a las fuerzas colectivas del mal. En Alemania Occidental nuestras propias encuestas revelan que el temor de tener muchos hijos, más aún, el temor del hijo, toma la forma de una psicosis colectiva. Se comprobó que las dos parroquias más individualistas y exclusivamente latinas de una ciudad de cincuenta mil habitantes contaban en los últimos diez años, siete u ocho nacimientos sobre mil católicos; mientras que otras dos parroquias de semejante estructura sociológica, pero de excelente forma comunitaria de culto, presentaron en el mismo lapso de tiempo de diecinueve a veintidós sobre mil.

TAREA COMÚN DE LA LITURGIA PASTORAL Y LA PREDICACIÓN

Es deber de la liturgia pastoral y la predicación utilizar los elementos sanos de la mentalidad moderna y resistir, con toda la fuerza de la fe, a los elementos malsanos. La renovación litúrgica puede aprovechar el nuevo interés hacia la comunidad, pero debe guardarse de ser una simple organización exterior del culto comunitario, porque la forma exterior podría adaptarse poco a poco al espíritu de colectividad extremadamente peligroso de la sociedad en que vivimos. Por tanto, la forma exterior debe ir acompañada por una catequesis y predicación sobre la forma comunitaria y la misión comunitaria de los sacramentos y de la vida cristiana.

La simple explicación del imperativo social cíe los sacramentos no tendrá por otra parte más que un éxito muy relativo si el especto social de la gracia de salvación no aparece al mismo tiempo en la celebración litúrgica. La tentativa de hacer del latín la lengua exclusiva y universal de la liturgia no fue un simple producto del colonialismo cultural occidental; era también, confesémoslo, un ensayo para expresar la comunidad universal de la Iglesia en los sacramentos. Pero, fuera de los países latinos, esta tentativa no cuenta en su favor ni el milagroso acontecimiento de Pentecostés, en el que todos entendieron el mismo mensaje en su *propia* lengua, ni elementos de formación social suficientemente poderosos frente a las iglesias locales.

Hoy, cuando la Santa Sede impulsa con tanta energía a una gran utilización de la lengua vernácula en la administración de los sacramentos, podemos ver, igual que en la renovación de la vida sacramental, un don de Pentecostés que, por los sacramentos, anuda el lazo de la unidad. Es deber nuestro; por fidelidad hacia la obra del Espíritu Santo y de la Iglesia su esposa, dar a los signos y a las palabras litúrgicas la expresión social plena y entera. No dudemos entonces que el Espíritu de Amor reunirá todo lo que está separado y concederá a la comunidad de la Iglesia la fuerza de la caridad, vínculo de unidad.

Tradujo y extractó: LUIS ANORO